

Como estaban formados los Tercios viejos Hacia la Unidad española de Ultramar

LOS hombres que formaban los tercios viejos españoles afluían por dos caminos bien distintos: el camino de los guzmanes y el camino de las levas, de plantar bandera o hacer compañía, dicho en términos más de época. Los guzmanes (palabra de procedencia alemana: «gut-man» hombre bueno, valeroso), eran gente noble, que abrazaban las armas por vocación o por no tirarles demasiado el latín, la teología y las lenguas sabias; muchachos casi siempre que preferían el revuelo de los caballos, el tronar de la artillería entre los cestones y los belenes de cuchilladas, a la vida cómoda sin pena ni gloria, de los hidalgueses ñoños, no de sangre, de cruce, que perdían el tiempo por plazas y plazuelas sin más que hacer que perder los ojos — y la bolsa — tras alguna señora de Vitigudino que pasase de noche, como cuarto falso.

Los otros, los de las levas, eran gente baja, labradores sin tierra, pecadores que buscaban en la Milicia un purgatorio y un camino, (a Flandes se le llamó en un tiempo jocosamente, «refugio peccatorum»); deheredados truanes, chalanes sin mulas, codiciosos que creían hallar el oro y el moro en cada revuelta... y lo que hallaban era un revés o un arcabuzazo que los tumbaba tripa arriba; en fin: en esa recluta había, como en tienda de judío milanés, de todo.

Cada tercio se componía de tres columnas o coronelías (de ahí la palabra Tercio), mandados, como indica su nombre, por sendos coroneles. Cada coronelía agrupaba, en principio, sesenta compañías a semejanza de las actuales, pero últimamente se redujeron a doce.

El mando supremo del Tercio correspondía al maestro de campo. Esta jerarquía se alcanzaba por sedaños y cabeza, no por favoritismos ni lindezas, como es de suponer algunos soldados hubo, como Julián Romero y Pedro Paz, que a fuerza de heridas y valor lograron alcanzar tan alta distinción militar. Al título de maestro de campo, al crearse esta dignidad en la Milicia, se le dieron consideraciones que hasta entonces se habían reservado casi exclusivamente a los capitanes generales; tenía todo el poder y aparato de los prefectos de las legiones romanas con guardia personal (ocho alabarderos, casi siempre alemanes) que le acompañaban en todas las funciones tanto militares como políticas.

De las doce compañías que formaban la coronelía, dos eran de arcabuceros y el resto de piqueros; destinándose a los primeros los hombres dispuestos y bien formados, gente «rehecha y esforzada» al decir de Eguiluz en su Regla Militar.

Vestían calzas, calzas acuchilladas, zapatos con hebilla y jubón; sus armas eran el arcabuz a mecha y la espada, un frasco, polvorín, sarta de cargas y monión. Cobraban, además del sueldo (tres escudos mensuales) y algún «entretenimiento», otro escudo de ventaja por plaza para pólvora, cuerda y plomo y un «tostón» «para que trujesen moniones». Un «tostón» era entonces cierta moneda portuguesa de 100 leis que se hizo popular.

Los piqueros (la misma indumentaria de los arcabuceros y corselete; sus armas, pica y espada) tenían que contentarse con los tres escudos limpios de plata, lo que representaba ir en «quiribus», sin blanca la mayor parte del tiempo sino había, claro está, alguna tremolina donde pudieran «meter el dos de bastos y sacar el dos de oros», que — ya lo dice el refrán — en la guerra el que aferra, aferra.

El sargento mayor era el segundo jefe del Tercio. Estaba encargado de la parte económica y de la instrucción táctica del cuerpo; siendo por tanto, los ojos y la mano derecha del maestro de campo. Sin embargo, en el reinado del César hubo tiempo en que gozaban de tan escasa consideración estos jefes militares, que preferían a este destino el mando de una compañía. Venían luego los capitanes, los alféreces (medias calzas, calzas acuchilladas, monión, corselete completo y la bandera blanca con las aspás borgoñonas); los sargentos simples (la misma indumentaria que los alféreces, sin gola en el corselete, y por armas, espadas y alabarda), el furriel y los pifanos y atambores — buena gente la del porche y del aire, — y de la que más tarde un capitán

de Carlos III tuvo que decir a sus ordenanzas: «cornetas, pifanos y atambores: llevarán una greca en la bocamanga para distinguir esta vil canalla de mis nobles soldados».

Esta es, contada sin detalles la estructura sucinta de aquellos Tercios Viejos de Italia de Flandes, que supieron pasar de claro una y cien veces el pecho de la gloria con los puñales de sus moharras para orgullo de España y ejemplo de los españoles.

MANUEL VELA JIMENEZ

YA apunta un síntoma de proyección externa de nuestro Movimiento, a través de un hecho de indudable trascendencia como es la constitución oficial de las Falanges del Mar. Por fin podemos esperar confiados el total resurgimiento de nuestra marina nacional, en un plazo que creemos no ha de ser largo. España volverá a unir con cintas de espuma blanca sobre los océanos a toda la comunidad hispánica del mundo, que hoy aparece abandonada en su mayor parte por la falta de na-

vios españoles capaces de lograr la unidad espiritual y material necesarias por Oriente y Occidente.

Al producirse el Levantamiento Nacional, la gran mayoría de nuestros barcos y tripulaciones de guerra y mercantes quedaron en poder o al servicio de los rojo-separatistas, con la bandera roja izada en la punta de sus mástiles y la oficialidad asesinada o prisionera, siendo los comités rojos de a bordo, quienes recibían y daban las órdenes a sus propios capitanes, aún en puertos extranjeros. Entonces fué cuando la Falange hizo acto de presencia y tomó a su cargo el servicio y la seguridad de nuestros buques, capturándolos uno a uno para España cuando iban en ruta a Rusia o volvían cargados de armamento para el enemigo. Puede decirse que la marina española de aquellas horas, cargadas de angustia y tragedia, fué salvada limpia y netamente por la Falange, de cuyas escuadras salieron las nuevas tripulaciones que la seguridad del Movimiento exigía.

Mientras en España se luchaba, la Falange también creció por fuera, tanto en Hispanoamérica como en todas las naciones donde habían españoles. Y ahí se encuentran ahora esos valerosos núcleos de camaradas, luchando solos con la distancia, muchas veces inmensa y el aislamiento a que les condena nuestra pequeña flota y la escasez de comunicaciones con la vieja Patria. Todo esto sin contar la gigantesca y constante campaña que soportan de nuestros enemigos, luchando valientemente por la verdadera España fuera de ella.

Nuestros camaradas de allende los mares, necesitan ver, por fin, la bandera de la Falange en el palo mayor de proa, cuando nuestros barcos lleguen hasta allí. Pero a la vez, al subir a bordo en busca del saludo y la auténtica noticia de España, han de recibir la viva impresión de la Falange personificada en verdaderos camaradas, con una moral y estilo exactos.

La vida de los marinos mercantes es, generalmente, por su naturaleza, la más propicia en muchos casos para que el sentimiento de la Patria aparezca como oculto o atargado, por las variables impresiones que reciben al tocar en tantos países extraños. Sin duda por eso fueron los últimos en sumarse al Movimiento, en muchos casos. Pero su función en el servicio a España es trascendentalísima: no habrá una buena Falange Exterior si ellos no la crean y sostienen, y no ganará prestigio con la rapidez que debe nuestro nuevo Estado y España, si la Falange Naval no tiene los medios, la organización y la disciplina de servicio que necesita. Si los marinos españoles sienten a conciencia, con altura y anchura, la misión que a través de la Falange del Mar les está encomendada, se habrá logrado el primero de los pasos necesarios para que esa España futura e imperial, vaticinada por José Antonio, entre por el camino real de los hechos que han de realizarse con inteligente perseverancia y acierto en el diario esfuerzo del presente.

Lo demás será reducirse a dormirnos acostados sobre los gloriosos hechos y tradición de nuestros antepasados, que si sirven para mantener nuestra fe y son siempre motivo de honra y orgullo, exigen sin embargo, continuidad en el esfuerzo y en la obra actuales, que certificará como la sangre que llevamos en nuestras venas es la misma de los que nos precedieron. Y también se cumplirá del modo más propio y exacto el sentido profundo de la hermandad falangista y española, que tanto estimarán aquellos que la esperan, por perdida, desde hace tantos años.

Por este camino se cumplirá también la fiel promesa de la Falange, en el Quinto Punto de la Revolución Nacional Sindicalista: «España volverá a buscar su gloria y su riqueza por las rutas del mar. España ha de aspirar a ser una gran potencia marítima, para el peligro y para el comercio. Exigimos para la Patria igual jerarquía en las flotas y en los rumbos del aire.»

IARRIBA ESPAÑA!

FELIPE SANZ CARAMBOS

CLÁSICOS DEL MOVIMIENTO

PARA UNA POLITICA NUEVA

El fracaso de la libertad

YA hemos hecho constar más de una vez en estas columnas que de las varias experiencias políticas a que da obligado lugar esta vertiginosa sucesión de torpezas de que somos testigos, ninguna más trascendental que la del fracaso de la libertad.

«La libertad muere a manos de los liberales», ese es el nombre de la nueva experiencia.

Hablamos, como fácilmente puede comprenderse por nuestra significación, no de la muerte de la libertad selecta, sino de la muerte de la libertad liberal.

La primera es el derecho a ser libre para practicar y propagar lo que es honesto y bueno, supuesta la confianza en que las leyes que regulan la libertad son todavía capaces de discernir entre lo que merece ser autorizado y prohibido. Esta libertad, desde luego, está en derrota desde el primer día del triunfo demagógico: en cuanto «la calle» se echó sobre el Poder y mantuvo la coacción sobre él, que seguimos padeciendo, la libertad selecta ha sido precisamente suplantada por la libertad de la canalla que es la única en plena vigencia, si bien lo miramos. Las consecuencias del último decreto sobre recogida de armas no dejan ya la más mínima duda sobre ello.

Pero hablando, como en este artículo es nuestro intento, de la libertad en su sentido moderno-histórico, como fórmula de progreso político, condensada en los divinizados derechos del hombre, es como decimos que la libertad muere a manos de los liberales.

Porque si alguna revolución se ha hecho puramente — al parecer — en nombre de la libertad liberal, esa es la española del 12 de abril. No cabe duda que al pueblo se le hizo creer, y creyó, que con sus votos daba entrada a una era de alegre y verdadera libertad política, con lo que bastaba para reencontrar un bienestar que tan perdido le pintaban.

Del bienestar hallado no hablemos... Pero ¿y, siquiera, la libertad?...

Bien claro está que sus luchadores y partidarios, los que subieron al mundo en nombre de ella, viven sobrecogidos de miedo a la misma. Todos son leyes y recursos «de excepción», para evitar que respire. Pocas veces los «derechos del hombre» fueron tan temidos, y por consiguiente violados, desde el Poder como ahora. Eso no importa, claro es, para que se redoble el cinismo — véase Alborno — proclamando por doquier que la libertad liberal vive floreciente y triunfadora. No lo negamos, si por tal se entiende la posibilidad jamás como ahora disfrutada, de que algunas ignorancias eminentes destrocen, en lo que pueden, al País desde su respectivo Departamento.

Consecuencias en perspectiva

Los que paladinamente proclamamos la inhabilitación definitiva de las fórmulas demoliberales, no podemos menos de celebrar con el mayor regocijo este triunfo que nos dan nuestros enemigos: «La libertad liberal ha muerto a manos de ellos.» Cuando hayan terminado sus estragos sobre la nación, de tal modo que la nación los arroje para dar entrada a una política eliminadora de la farsa hoy vigente, habrán preparado con exceso una justificación a las medidas «antiliberales», de que no puede prescindirse para sanear el ambiente público e instaurar una era de rectitud.

Si los que lucraron la soberanía en la calle con mentiras liberales se han apresurado inmoralmemente a desdecirlas, ¿qué no podrán hacer contra el demoliberalismo, y en defensa de la Patria, los que lleguen a su gobierno predicando la cancelación de aquellas mentiras?

Puede despedirse sobre otra ninguna de todo derecho a subsistir, la libertad liberal de la Prensa. Tan admirable es la insensata prostitución de su aparente decoro, acreditada diariamente por los periódicos liberales, que ellos mismos se están labrando, concienzudamente, su desaparición como tales.

Cada vez aparece más cierta la imposibilidad de regir eficazmente la vida, y menos el resurgimiento de un Estado, teniendo siempre frente al Poder responsable de la acción, el irresponsable de la crítica libre. Cada día es más evidente que en naciones infeccionadas de picardía y arribismo, como España, la coexistencia de los dos Poderes se resuelve en breve plazo en la dictadura de uno u otro. O dicta el Gobierno o dictan los periodistas. Si aquél no lo hace, la picardía opositora, los incontables recursos de la maledicencia periodística imponen en poco tiempo su ley, remontando a la opinión por encima del Gobierno, en alas del escándalo libre de la publicidad.

Por eso, aun los gobiernos liberales confiesan con hechos su incompatibilidad real con la libertad de Prensa y coaccionan como pueden a los órganos que no les son gratos. Cuando la política que esto hace es precisamente una política antinacional, inspirada desde fuera para entregar la nación a la esclavitud de los mitos que son la razón de los partidos hoy dominantes, la coacción además de traidora, es ilegal.

Pero cuando el fracaso de las libertades liberales le sancione sin rodeos una política de auténtica estirpe española, que arribe llena de valores jóvenes y con soluciones nuevas de convivencia y libertad sensata, la muerte de aquellas responderá a las conveniencias del pueblo y habrá cobrado en las traiciones de hoy un sello imborrable de legitimidad.

ONÉSIMO REDONDO